

La construcción del *Otro* en *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo

Por Jessica Tordó

Lo *otro* no existe: tal es la fe racional, la incurable creencia de la razón humana. Identidad= realidad, como si, a fin de cuentas, todo hubiera de ser, absoluta y necesariamente *uno y lo mismo*. Pero lo otro no se deja eliminar; subsiste, persiste; es el hueso duro de roer en el que la razón se deja los dientes. Abel Martín, con fe poética, no menos humana que la fe racional, creía en lo otro, en “La esencial Heterogeneidad del ser”, como si dijéramos en la incurable otredad que padece *lo uno*.

Antonio Machado, epígrafe de *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz.

A modo de Introducción

Durante el desarrollo del presente trabajo intentaremos desentrañar los dispositivos y mecanismos utilizados por el autor Bernal Díaz del Castillo en su *Verdadera Historia de la Conquista de Nueva España* respecto de la construcción del *otro* como entidad externa, ajena y contradictoria y que implica- de parte del conquistador- una mirada jerarquizada y de superioridad que justifica, de algún modo, esta construcción. Para reforzar este análisis, apoyaremos nuestras observaciones en textos de Tzvetan Todorov y las autoras argentinas Susana Zanetti y Celina Manzoni.

(...)para que pueda ser he de ser otro,
salir de mí, buscarme entre los otros,
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia,
no soy, no hay yo, siempre somos nosotros (...)

América comienza siendo para España un espacio vacío, un lugar de la nueva realidad pasible de ser *completado*.

El descubrimiento que Europa hace del otro (de aquello que, en este caso, es exterior a mí mismo y por lo tanto me es desconocido y extranjero; cuya cultura, lenguas y costumbres me son ajenas y lejanas) transita innumerables etapas que podemos resumir en las siguientes: asombro, sentimiento radical de extrañeza, necesidad de apropiación y aniquilación de todo lo observado, entre otras.

España realiza sobre este nuevo lugar (y por lo tanto, sobre todo lo que allí habita) una proyección de imágenes e ideas que se refieren a otras poblaciones – Asia, Indias- e incluso a su propio imaginario colectivo. Es, en este sentido, que el conquistador español no se preocupa por entender y comprender a ese otro ya que sabe de antemano que éste hará efectivas sus expectativas previas: los nativos serán mansos, serán guerreros, serán caníbales, aceptarán al Dios cristiano como soberano o se rebelarán ante él. Todo al mismo tiempo.

En palabras de T. Todorov: “(...) *el argumento decisivo es un argumento de autoridad, no de experiencia. (el español) Sabe de antemano lo que va a encontrar; la experiencia concreta está ahí para ilustrar una verdad que posee, no para ser interrogada, según las reglas preestablecidas, con vistas a una búsqueda de la verdad.*”¹

En este sentido, el veterano soldado Bernal Díaz del Castillo escribe su *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* desde un punto de vista similar, aunque diferenciado de otras crónicas de la época. Centraremos entonces nuestra atención en las particulares construcciones que Bernal hace del enemigo, la mujer y el otro interno.

El otro por antonomasia: el enemigo

En contraste con otras crónicas de la conquista (Colón, Cortés), Bernal Díaz ubica a sus enemigos en un lugar de igualdad; es decir, que más allá de la superioridad innata de la que parte cualquier crónica europea- inclusive esta misma-, se encarga de construir alrededor de los mexicas un halo de dureza y tenacidad: “(...) *los contrarios peleaban como fuertes guerreros (...)*”² a la vez que les daban “grandes combates”. Queda explícito el respeto y temor que los nativos infundían en los españoles en el fragmento que sigue acerca de la primera batalla: “*Y como fue Diego de Ordaz (...) con sus cuatrocientos soldados, aun no hubo bien llegado a medir calle, por donde iba, cuando le salen tantos escuadrones mexicanos de guerra, y otros muchos que estaban en las azoteas, y le dieron tan grandes combates, que le mataron a las primeras arremetidas diez y ocho soldados y a todos los demás hirieron (...) y en aquel instante (...) muchos más vinieron a nuestros aposentos, y tiran tanta vara y piedras con hondas y flechas, que nos hirieron de aquella vez sobre cuarenta y seis de los nuestros, y doce murieron de las heridas. (...) Y duraron estos combates todo el día y aun la noche estaban sobre nosotros tantos escuadrones de ellos y tiraban flechas y piedras a bulto (...)*”³.

¹ Todorov, Tzvetan. (1987). *La conquista de América. El problema del otro*. Siglo XXI. México D.F. (p.26).

² Díaz del Castillo, Bernal. Selección de cátedra. *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. (p.32).

³ Ídem nota 2. (p. 385)

Es decir, Bernal Díaz concreta sus intenciones de posicionar al enemigo en un lugar de igualdad respecto de la fuerza, valentía y número, a la vez que logra situarse a sí mismo (y por lo tanto a las acciones conquistadoras en general y a todos aquellos que son/fueron como él mismo: los otros soldados) en un lugar de preponderancia respecto de los contrarios.

Según podemos apreciar, no es lo mismo, desde la ética de Bernal, aniquilar a un pueblo indefenso que luchar *hasta la muerte* con rivales fuertes y resistentes. Al respecto va a afirmar: “(...) y *peleábamos muy bien; mas ellos estaban tan fuertes y tenían tantos escuadrones, que se remudaban de rato en rato, que aunque estuvieran allí diez mil Héctores troyanos y tantos Roldanes, no les pudieran entrar (...) y vimos el tesón en el pelear, digo que no lo sé escribir: porque ni aprovechaban tiros, ni escopetas (...) ni apechugar con ellos, ni matarles treinta ni cuarenta de cada vez que arremetíamos que tan enteros y con más vigor peleaban que al principio (...)*” y agrega en la misma página más abajo: “*Y no sé yo para qué escribo así tan tibiamente, porque unos tres o cuatro soldados que se habían hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces a Dios que guerras tan bravosas jamás habían visto (...)*”⁴.

Por lo tanto, al construir Bernal su otro enemigo sobre esta aparente igualdad, justifica, a la vez que legitima su posición original de superioridad; todo a la luz de los resultados finales. En este sentido se va a jactar de: “(...) *osar entrar en tan fuerte ciudad, teniendo tantos avisos que allí nos habían de matar, (...) tener tanta osadía, osar prender al gran Montezuma (...) y en sus mismos palacios, (...) osar quemar sus capitanes (...)*”⁵.

Asimismo, los mexicas corporizan para Bernal Díaz, el terror, lo pecaminoso y lo anti-natural. Nos referimos con esto al pavor que generan a los españoles los sacrificios humanos ligados, a su vez, con la adoración de numerosas y “diabólicas” deidades. Bernal va a decir temerosamente a este respecto: “(...) *con unos navajones de pedernal les aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo y se los ofrecían a los ídolos que allí presentes tenían, (...) y estaban aguardando abajo otros indios carniceros (...)*”⁶.

Este canibalismo responde, otra vez, a lo que los españoles esperan de los nativos; lo esperan porque lo *saben* de antemano; lo *saben* porque no dejan de reproducir sobre esos otros el gesto creacionista y conquistador en el que se asimila lo desconocido al horizonte de lo conocido, lo propio. Sobre esta característica antropofágica y de ofrenda a dioses desconocidos (y por lo tanto pecaminosos) para los españoles, estarán justificadas la mayorías de las acciones más crueles sobre los nativos.

En este mismo sentido, es interesante el mecanismo que Bernal realiza cuando, según las autoras Susana Zanetti y Celina Manzoni: “*Bernal discute, desmiente, calla, pero no se disculpa explícitamente. Por lo que calla podemos deducir causas éticas, políticas o literarias (...). Prácticamente calla la terrible epidemia de viruelas de 1520, antes del sitio de Tenochtitlán, porque ese debilitamiento en las filas enemigas podría debilitar también la hazaña de la caída del centro del poder mexica. Calla las otras versiones que circularon sobre la muerte de Motecuhzoma, y la costumbre de aperrear, es decir, hacer atacar y matar por perros feroces a los indígenas.*”⁷ Como indican las autoras, si se hicieran explícitas estas cuestiones, el autor no lograría los efectos deseados (es decir, entronizar las batallas como hazañas épicas) sino más bien, hasta podrían generar

⁴ Ídem nota 3. (p.385).

⁵ Ídem nota 4. (p. 297).

⁶ Ídem nota 5. (p.39).

⁷ Zanetti, Susana, Manzoni, Celina (1982). Estudio preliminar a Bernal Díaz del Castillo: *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. Selección de cátedra. (p. XXVI)

rechazo. La ética de Bernal, otra vez, domina su relato; y no es inocente respecto de aquello que selecciona para ser contado a los lectores de su historia.

Por otra parte, rastreamos un mecanismo en el que quedan explicitados a nivel discursivo cuestiones más profundas. Hablamos del renombramiento tanto de los objetos como de las personas. Nos referimos con esto a las modificaciones deliberadas que Bernal hace, por ejemplo, de los nombres de las deidades nativas: Huichilobos por Huitzilopochtli, Tezcatepuca en lugar de Tezcatlipoca; de las ciudades: Tenustitán por Tenochtitlán, Tepezcucu por Tepotzolán; de los jefes enemigos: Montezuma en lugar de Motecuhzoma, Guatemuz por Cuauhtemoc y así podríamos seguir.

Algunos podrán pensar estas acciones como guiños inocentes, pero nosotros preferimos insistir, como Zanetti y Manzoni, en que este gesto consistente en nombrar por vez primera algo como si jamás hubiese sido nombrado antes, responde a dispositivos que parten, otra vez, de la superioridad de quien renombra, realizando así una acción típicamente creadora y conquistadora que devela, de esta manera, pretensiones universalistas e intolerancia respecto de este otro enigmático y desconocido, a la vez que vulnerable. Como indica Todorov: “(...) *el dar nombres equivale a una toma de posesión.*”⁸ En otras palabras, quien tiene el poder de nombrar *hace suyo* a quien es nombrado.

Para los españoles, y por lo tanto, para Bernal, las cosas y las personas tienen los nombres que les convienen, según su jerarquizado punto de vista en el que lo demás carece de total importancia. La condescendencia y la falta de atención respecto de las lenguas de los otros, en este caso de los nativos, están a la orden del día en los dispositivos conquistadores e hicieron mella en la construcción cultural e identitaria de los conquistados casi al nivel de las armas.

La mujer: el otro como objeto

Si existe un sujeto sobre el que españoles y nativos coinciden respecto de su posición social, esa es la mujer.

Algunos días antes de la caída de Tenochtitlán, Cortés reformula las supuestas propuestas de paz a los mexicas, a lo que estos responden, según Bernal: “*No tornen a hablar sobre paces, pues las palabras son para las mujeres y las armas para los hombres.*”⁹ En este sentido, el hombre, el soldado, representa los valores masculinos por excelencia, es el macho; mientras que la mujer, por su mera condición natural, no puede aspirar a ese ideal. De ahí se desprende que el peor insulto que puede hacerse a un hombre es (para mexicas y españoles por igual) calificarlo de mujer.

Pero, ¿cuál era efectivamente el lugar del género femenino para los conquistadores? Está comprobado históricamente que estas formaban parte del botín y por lo tanto, estaban casi igualadas al oro y los esclavos. En palabras de Zanetti y Manzoni: “*Las mujeres estaban cuidadosamente catalogadas en mujeres de cama y mujeres de labor (...) Las de cama eran elegidas por su belleza según los cánones europeos; en el momento del reparto del botín Cortés fue muchas veces criticado por quedarse con las más lindas, es decir, las de color más claro.*”¹⁰

⁸ Todorov, Tzvetan. (1987). *La conquista de América. El problema del otro*. Siglo XXI. México D.F. (p. 35).

⁹ Díaz del Castillo, Bernal. Selección de cátedra. *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. (p.52).

¹⁰ Ídem nota 7. (p.XXIX)

Bernal Díaz cuenta con total naturalidad el uso que se hacía de éstas: “Y andaban muchos principales en busca de ellas de casa en casa, y eran tan solícitos que las hallaron y había muchas mujeres que no se querían ir con sus padres, ni madres, ni maridos, sino estarse con los soldados con quienes estaban y otras se escondían y otras decían que no querían volver a idolatrar ; y aun algunas de ellas estaban ya preñadas, y de esta manera no llevaron sino tres, que Cortés expresamente mandó que las diesen”¹¹. Y, como es de esperar, no cuestiona tal posición al respecto.

Sin embargo, la única mujer que se diferencia de las demás “indias” es Doña Marina, intérprete y presunta amante de Cortés. Llamativamente, la Malinche- como la llaman los nativos-refuerza este principio a través del cual “las mujeres solo hablan” traduciendo las palabras mexicas y las españolas; excepto que su posición es diferente; posee una condición de poder respecto de las restantes. Incluso Bernal tiene un concepto diferenciado de ella: “Pues olvidado me he de escribir el contento que recibimos de ver viva a nuestra Doña Marina (...)”¹².

Doña Marina se diferencia de las demás porque adhiere y contribuye a la causa española, forma parte de sus filas, “es” española.

Volvemos a ver entonces este gesto conquistador donde lo que me pertenece, lo mío, toma relevancia , mientras que lo que me es externo, diferente, solo puede formar parte , como un objeto más, del botín a repartir.

El otro interno: el propio español

*Mas busca en tu espejo al otro
al otro que va contigo.*

Proverbios y cantares (IV), Antonio Machado.

Por último, nos vamos a referir a las construcciones que Bernal Díaz hace de los soldados de Pánfilo de Narváez y del mismísimo capitán Cortés.

Según cuenta la historia, Hernán Cortés desobedeció los mandatos del Gobernador Diego de Velázquez en Cuba, y partió hacia México con 600 hombres para conquistarlo, en vez de acatar las órdenes de convertir a España en primer aliado comercial de la corona española. En consecuencia, el gobernador envió a un regimiento al mando de Pánfilo de Narváez para capturarlo, vivo o muerto.

Varias semanas después de que Cortés levantara un fuerte en Veracruz y capturara a Motecuhzoma, llegaron noticias de que 18 navíos habían llegado al puerto: eran Pánfilo de Narváez y sus hombres, que además de venir a luchar contra Cortés, se encargaron de advertir al soberano mexica de que el primero y sus hombres eran rebeldes.

Por lo tanto, Cortés decidió dejar unos cien españoles para defender Tenochtitlán al mando de Pedro de Alvarado, y marchar al frente de otros 300 en busca de su perseguidor. Cortés ganó la batalla, capturó a De Narváez y todos sus hombres (ávidos de oro y tierras) se unieron a la causa.

Estos mismos soldados van a ser mirados con recelo por Bernal, de quienes va a resaltar, indirectamente, características ambiciosas y poco inteligentes. Al respecto

¹¹ Ídem nota 9. (p. 69-70)

¹² Ídem nota 11. (p.399)

afirma: “(...) porque para escribir los nombres de los muchos que de nosotros faltaron (...) pues de los de Narváez todos los más en las puentes quedaron cargados de oro”¹³, así como también: “(...) y si los de Narváez murieron muchos más que de los de Cortés en los puentes, fue por salir cargados de oro, que con el peso de ello no podían salir ni nadar.”¹⁴ Con estas afirmaciones Bernal da a entender que estos soldados estaban tan faltos de inteligencia y tan segados por la codicia que hasta arriesgaban sus vidas por un poco más de oro. Es decir, el otro español (“los de Narváez”= los recién llegados) se construye sobre una imagen que resalta la avidez y de la que Bernal, como conquistador legítimo y de la primera hora, intenta despegarse.

Asimismo, también intenta diferenciarse del propio Cortés, de quien da a entender que se ha quedado con más ganancias que las que le correspondían legítimamente. En este sentido, esconderá sus propias opiniones detrás de las palabras de otros: “Y entonces murmuramos de Cortés. (...) y decían que lo había tomado y escondido (el oro) el tesorero”; en la misma página más abajo afirma: “(...) que así había de ser la ambición de Cortés en el mandar (...) y que no nos nombrásemos conquistadores de la Nueva España sino conquistados de Hernán Cortés (...) y aún decían palabras que no son para poner en esta relación.”¹⁵

Como podemos ver, Bernal maneja a la perfección la ironía de la que también hace uso veladamente al momento de reclamar – otra vez de forma borrosa- el reconocimiento que Cortés nunca otorgó a él ni los demás soldados que participaron de la conquista. En este sentido pone en práctica un movimiento que carece de toda inocencia. Este artificio queda claro cuando Bernal se encarga de relatar deliberadamente la sucesión de cuerpos y destrozos en la ciudad recientemente ganada y a continuación hace foco sobre el banquete organizado por Cortés, del que dice: “(...) y cuando fuimos al banquete no había asientos ni mesas puestas para la tertia parte de los soldados y capitanes que fuimos, y hubo mucho desconcierto y valiera más que no se hiciera aquel banquete por muchas cosas no muy buenas que en él acaecieron.”¹⁶ Bernal resalta, con este movimiento, la indiferencia del capitán para con sus subordinados, entre otras cosas.

Por lo tanto, el otro interno está bifurcado: son los soldados de Pánfilo de Narváez y también es Hernán Cortés. Bernal va a intentar diferenciarse de los dos: de los primeros por exceso de ambición y poca inteligencia, y del segundo por falta de mirada horizontal, cuestión que Bernal reivindica constantemente.

Conclusión

Hemos rastreado los mecanismos de los que Bernal hace uso en la construcción de ese otro- tanto interno como externo- del que por un lado, busca diferenciarse; mientras que

¹³ Ídem nota 11. (p.398)

¹⁴ Ídem nota 13. (p.402)

¹⁵ Ídem nota 13. (p. 72-73)

¹⁶ Ídem nota 15. (p. 66)

por el otro, intenta asimilar a su propio universo. Las razones son varias, pero podríamos nombrar en primer lugar esta necesidad de posicionarse a sí mismo (y a los que él representa) en un lugar diferenciado, preponderante y destacado.

Como hemos visto; Bernal no se arrepiente ni pide perdón por los hechos de la conquista sino que, al contrario, refuerza cada una de sus afirmaciones apoyándose en esta mirada de auto-jerarquización y superioridad sobre la que descansa el egocentrismo típico de una sociedad conquistadora.

Un egocentrismo a partir del cual la infinita diversidad de todos los valores y cimientos socio-culturales se igualan a mi propio universo valorativo con la convicción inamovible de que el mundo es uno solo.

Bibliografía consultada

- Díaz del Castillo, Bernal. Selección de cátedra. *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*.
- Todorov, Tzvetan. (1987). *La conquista de América. El problema del otro*. Siglo XXI Editores. México D.F.
- Zanetti, Susana, Manzoni, Celina (1982). Estudio preliminar a Bernal Díaz del Castillo: *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. Selección de cátedra.